

Quincuagésimo aniversario de la erección canónica de la Parroquia San José obrero

13 DE DICIEMBRE DE 2020 — ALOCUCIÓN AL INICIO DE LA EUCARISTÍA
PRESIDIDA POR D. GINÉS RAMÓN GARCÍA BELTRÁN, OBISPO DE GETAFE

Muy querido don Ginés, y queridos hermanos todos:

Corría el año 1970, nuestra nación española permanecía gobernada por el llamado entonces Generalísimo Francisco Franco, y la Iglesia universal acababa de vivir el acontecimiento más importante del s.XX: tan sólo cinco años antes había terminado el Concilio Vaticano II.

El pequeño pueblo de Móstoles, minúsculo desde los tiempos de Felipe II en el s.XVI, y engrandecido como villa, por la gesta de su alcalde —don Andrés Torrejón— que en mayo de 1808 encabezó el alzamiento de España contra la invasión francesa, se había ido convirtiendo —durante la segunda mitad del siglo pasado— en una ciudad dormitorio del sur de Madrid, que crecía demográficamente de forma rápida y desbordante. La parroquia madre, Ntra. Sra. de la Asunción, se había quedado pequeña, y resultaba urgente la creación de nuevas parroquias que pudieran atender la expansión de la que ha llegado a convertirse, en la actualidad, en la ciudad más grande de nuestra provincia, después de la capital de España.

También era domingo tercero de aquel adviento, cuando el primer arzobispo de la recién nacida archidiócesis de Madrid-Alcalá —D. Casimiro Morcillo— decidió erigir canónicamente nuestra parroquia con el nombre mariano de “Ntra. Sra. de las Ermitas”, denominación promovida por la devoción particular de nuestro primer párroco —D. José Veiga— que muy pronto mutó para convertirse en la actual y definitiva dedicación a San José obrero, por considerar tal título más apropiado a la realidad social de este barrio que se iba construyendo en lo que por entonces constituían las afueras del pueblo mostoleño.

D. José Veiga ni siquiera pudo ver acabada la construcción de nuestro templo, pues un accidente de tráfico lo arrebató de nuestro mundo a la presencia del Padre. Durante los primeros nueve años de su andadura, la comunidad naciente se reunía en un pequeño espacio del número 27 de la calle Alfonso XII, en la que entonces se conocía como “Colonia san Federico”. El despacho parroquial de aquellos primeros años es hoy día una joyería, y el resto de su espacio catequético-celebrativo está hoy también dedicado a establecimientos comerciales. Desde el principio, comenzó a gestarse una parroquia viva, y son muchas las familias que recuerdan con gratitud aquellos primeros pasos. En 1976, un equipo de catequistas de la parroquia San Saturnino de Alcorcón (que también por entonces estaba recién nacida) contribuyó de forma crucial a nuestra historia de evangelización, al anunciar el kerigma y dar inicio —en diciembre de hace ya 44 años— a la primera comunidad neocatecumenal. Los frutos cosechados durante más de cuatro décadas, gracias al itinerario de iniciación cristiana para jóvenes y adultos que entonces comenzó, nos llenan el corazón de gratitud al comprobar cómo están de vivas las verdaderas piedras que edifican nuestra parroquia en su camino hacia el Cielo. Las paredes de este templo envejecen y las goteras de su tejado se multiplican, porque han pasado ya cuarenta y un años desde que el cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón viniera a dedicar nuestro templo el 6 de mayo de 1979. Sin embargo, otras paredes más vistosas, altas y modernas se levantaron a partir del año 2004, dejando ver cómo se había quedado pequeño e insuficiente nuestro complejo parroquial para acoger las necesidades crecientes de esta comunidad de comunidades en que se había ido convirtiendo nuestra parroquia. Lo que el Papa san Juan Pablo II explicaba en su exhortación apostólica *Christifideles laici*, era realidad vivida existencial y gozosamente en este barrio de Móstoles.

Tras D. José Veiga, presidió nuestra comunidad D. Fructuoso Antolín —a quien tocó asistir a la ceremonia de la dedicación del templo parroquial. Lo sucedió después D. Ángel Monterroso. Y fue en 1988 cuando llegó a nosotros D. José M^a Martín Ciudad, mi querido antecesor —a quien aprecié y por quien me sentí siempre querido personalmente desde niño—, y que ha sido el párroco de San José Obrero durante más de la mitad de nuestra historia. D. Jose M^a regó con su vida —hasta la muerte en 2015— esta parcela de la viña del Señor, y sin su ministerio entre nosotros —que duró casi veintisiete años— no sería posible entender prácticamente nada de lo que hoy es, material y espiritualmente, nuestra parroquia.

Junto a los párrocos, han sido muy numerosos los presbíteros que han celebrado los sagrados misterios a nuestro servicio durante estos cincuenta años. En colaboración corresponsable con ellos, innumerables catequistas —de adultos, jóvenes y niños— fundaron,

cuidaron y edificaron de forma constante el desarrollo de nuestra comunidad. Tampoco nos han faltado nunca manos concretas que hayan organizado y puesto en práctica, al servicio de los más necesitados, la Caridad de Cristo que a todos nos apremia desde que hace hoy cincuenta años pusiera su morada entre nosotros.

De nuestra parroquia, han salido dos vocaciones contemplativas (una benedictina y otra Hermanita de Belén) y cuatro presbíteros diocesanos: uno de Roma (misionero durante más de veinte años en Camerún, y ahora en Francia), otro incardinado en Madrid, y dos —que hoy concelebran con nosotros y son párrocos— en nuestra propia diócesis de Getafe. Además, la misión de nuestra parroquia ha llegado más allá de las fronteras de nuestro barrio, extendiendo la alegría del Evangelio en Guatemala, El Salvador, Tanzania, Brasil, Camerún, Francia, Alemania, Chile, Paraguay, la isla de Guan y la República China. Diversas familias, presbíteros y laicos itinerantes han ofrecido durante un tiempo más o menos prolongado de sus vidas la disponibilidad para anunciar la Buena Noticia de Cristo resucitado en los cinco continentes.

Queridísimos hermanos todos: más que nunca en este domingo dejadme que os diga: *Gaudete! Gaudete semper in Domino!* Alegraos siempre y exultad de gratitud en este día porque verdaderamente el Señor está cerca. Se acercó a nuestras vidas en este lugar concreto de la tierra, y —a lo largo de estas cinco décadas—, nunca se ha marchado. Sigue viviendo con nosotros todo lo que nos pasa, nuestros gozos y tristezas, nuestras preocupaciones y esperanzas. Así lo hemos experimentado siempre en nuestra parroquia, viva cuando se reúne en el templo y recibe la fuerza de los sacramentos; viva en sus diez comunidades neocatecumenales, y en sus diversos grupos litúrgicos y catequéticos; viva también y luminosa, cuando canta al Señor en nuestras casas escuchando su Palabra o celebrando las laudes de la liturgia de las horas, como hacen tantas familias nuestras los domingos por la mañana, pasando la fe a sus hijos. Vuestra generosa apertura a la vida sigue renovando la población de nuestro barrio, y así nuestras salas y celebraciones litúrgicas continúan llenándose de numerosos jóvenes y niños, que nos hacen mirar el futuro inmediato conmovidos de esperanza.

No obstante, siguen siendo muchos los vecinos de nuestro barrio que no saben o han olvidado que Jesús está aquí, en nuestro sagrario, y que se le puede escuchar y vivir día a día y pase lo que pase, mientras seguimos esperando su retorno glorioso. Que la alegría de haber convivido con Él durante el último medio siglo que hoy se cumple, encienda nuestro corazón y lo haga arder en deseos de evangelizar, pues no podemos guardar para nosotros tantos bienes como nos ha dado el Señor. Desde nuestra fundación, tal día como hoy, cinco obispos, cinco párrocos y cinco décadas. Añadamos, a las cuatro velas de la corona de Adviento, una quinta lámpara: nuestro luminoso testimonio de Cristo, el “hijo de José”, que se enamoró de nosotros y nos unió como miembros de su mismo Cuerpo, para poner aquí su morada entre los hombres.

Muy querido don Ginés, a Ud. se lo he dicho a solas varias veces; déjeme decirlo en público: durante los últimos cinco años, he tenido la fortuna de servir como pastor propio a estos hermanos. Es la quinta parroquia de mis veintidós años ejerciendo el ministerio. En todas he recibido mucho y he disfrutado siempre siendo cura. Pero en ninguna he sido nunca tan feliz como aquí. Como no es mérito mío, sino gozo del que cosecha tanto buen trabajo precedente, no tengo reparo en reconocer que en San José Obrero tiene el Obispo de Getafe una maravillosa obra de la Gracia.

El 6 de mayo de 2019, el año pasado, iniciábamos un tiempo de acción de gracias que concluye hoy con la visita de nuestro Obispo. No podíamos imaginar ni de lejos lo “extraordinario” que iba a ser este año. Pero, si con don José nos alegrábamos aquel día por las cuatro décadas que cumplía el templo parroquial, hoy la razón de nuestra alegría es todavía más honda, porque no celebramos un lugar en que reunirnos, sino el misterio que nos permite vivir unidos y que este edificio hace visible entre nuestras casas: nosotros, aquí y ahora, somos la Iglesia de Jesús, presididos por don Ginés, sucesor de los apóstoles en comunión con el sucesor de Pedro. Ni nuestros desacuerdos legítimos, ni nuestros propios errores o pecados, pueden romper la comunión efectiva y afectiva que hace posible la celebración de esta eucaristía. Porque no estamos cimentados sobre la arena de nuestros sentimientos y criterios personales, sino sobre la roca perenne que es Cristo muerto y resucitado.

La Divina Providencia ha querido que celebremos nuestras bodas de oro, ciento cincuenta años después de que el beato papa Pío IX proclamase patrono de la Iglesia universal a nuestro querido san José. Al obrero de Nazaret, y a su esposa, Nuestra Señora de los Santos, patrona de Móstoles, rogamos confiados que sigan trabajando desde el Cielo para que continúe la edificación de nuestra comunidad parroquial hacia la Jerusalén celeste.